

PADRE EDUARDO SERGIO IÁCONO

(1960-1998)



El padre Eduardo Sergio Iácono nació en Luján de Cuyo, Mendoza, el 11 de julio de 1960. Hijo de José Eduardo Iácono e Inés Beatriz Corbella, fue el mayor de cuatro hermanos: Mabel, Cecilia y Andrés.

Recibió el bautismo el 24 de julio del mismo año en el Santuario Parroquia Nuestra Señora de Luján (Luján de Cuyo, Mendoza).

Pasó su infancia y adolescencia en su tierra natal. Cursó la educación primaria en la Escuela N° 1 -012 Comandante Saturnino Torres y la secundaria en el Colegio San Pablo de los Hermanos Menecianos. Durante aquellos años, participó activamente en la Acción Católica de su Parroquia, estudió guitarra y realizó el servicio militar como integrante de la banda del Ejército.

Llegó a cursar el primer año de la Licenciatura en Química Industrial de la Facultad de Ingeniería en la Universidad Maza, buscando quizás en la ciencia los rastros del Creador que ya ardía en su corazón. Sin embargo, tras un proceso de discernimiento acompañado por el entonces seminarista Padre Willy Rubia y el Padre Aldo Godino, respondió con generosidad al llamado de Dios al sacerdocio.

Ingresó al Seminario Arquidiocesano Nuestra Señora del Rosario en 1982, donde completó la primera etapa de su formación con los estudios filosóficos. En 1985, continuó con la etapa teológica en el Seminario Mayor de Córdoba. Fue ordenado sacerdote el 18 de octubre de 1989, en su parroquia de origen. Eligió como lema de su consagración el texto bíblico "Que todos sean uno" (Jn. 17,21). La ordenación fue presidida por Monseñor Paulino Reale, obispo de Venado Tuerto y antiguo párroco de Luján.

Su ministerio sacerdotal breve pero muy fecundo, lo llevó a trabajar como secretario privado de monseñor Cándido Rubiolo y como formador y ecónomo del Seminario.

En 1993, fue enviado a Roma para estudiar Exégesis Bíblica en el Pontificio Instituto Bíblico, donde obtuvo la licenciatura en Sagrada Escritura, en 1996, con una tesis sobre la Carta a los Hebreos, dirigida por el cardenal Albert Vanhoye.

En Roma vivió en el Collegio Pio Latinoamericano, donde formó lazos fraternos con otros sacerdotes latinoamericanos y entabló vínculos pastorales en comunidades como la de Tarquinia, en Viterbo, donde supo ganarse el corazón de muchas familias, a quienes

visitaba con frecuencia. Era recordado por su cercanía, alegría, profundidad y pequeños gestos: predicaba entre los fieles con el micrófono en mano, acercándose a las ancianas que no podían oír bien. Hacía del Evangelio una experiencia viva, sencilla, encarnada en lo cotidiano.

Eduardo hablaba varios idiomas como inglés, italiano, francés. Aprendió latín, hebreo y griego para adentrarse en el misterio de las Sagradas Escrituras, y otros por su cuenta para poder anunciar el Evangelio en distintas lenguas. Los perfeccionó con esmero sabiendo que cada palabra podía ser puente hacia el corazón del otro. Incluso en un restaurante, no dudaba en ofrecerse como traductor improvisado entre comensales y mozos que no lograban entenderse, con la naturalidad de quien siempre está dispuesto a servir.

A su regreso a Mendoza, colaboró en la Parroquia San José Obrero de Gutiérrez y luego fue nombrado Vicario en Nuestra Señora de la Candelaria, Maipú. Allí se destacó por su dedicación pastoral a matrimonios, jóvenes y familias; por su humildad, profundidad espiritual y compromiso con los más necesitados, a quienes asistía tanto espiritual como materialmente. Su corazón de padre, su oído atento, su palabra oportuna dejaron inquietudes profundas. Además de su tarea de Formador en el Seminario, fue Profesor en otros institutos católicos de Educación superior y en la Escuela de la Pastoral Bíblica de Mendoza.

A mediados de 1997, Mons. José María Arancibia lo designó director espiritual del Seminario y se fue a vivir allí. Los seminaristas, lo recuerdan por su entrega incondicional a la Palabra, porque supo encontrar en ella la verdad más profunda para su vida y se encargó con delicadeza de transmitir ese gozo. Su testimonio como sacerdote fue para los seminaristas un claro e inolvidable ejemplo de comunión y entrega generosa. Su ejemplo inspiró a generaciones de seminaristas a vivir una “identificación progresiva con Cristo”, como él la llamaba. Y lo hacía con una vida que hablaba más que sus palabras.

Su modo de vivir era contagioso, irradiaba la fe. Estar cerca de él despertaba el hondo deseo de seguir a Cristo como él lo hacía. Era una persona alegre, con un agudo sentido del humor, cercana, firme y sutil. De carácter reflexivo, disciplinado, ordenado y eficiente, llamaba la atención por la madurez con la que vivía, que contrastaba con su juventud.

Tenía muy claro el lugar que ocupaba y la responsabilidad que implicaba su vocación sacerdotal. Su vida estaba impregnada de una espiritualidad profunda y de un fuerte sentido fraterno y generoso hacia sus hermanos sacerdotes. Sus ideales de servicio eran auténticos y sólidos, vividos sin ostentación, con humildad y sencillez. Cultivaba el don de la amistad con una sabiduría y una integridad tales que inspiraba a quienes lo rodeaban a buscar los bienes eternos. Quienes lo trataron coinciden en decir que Eduardo tenía “múltiples amigos únicos”, porque a cada uno le dedicaba tiempo exclusivo, escucha atenta y palabras alentadoras, como si el tiempo se detuviera y solo importara esa persona en ese momento. Se entregaba en una amistad sincera, aunque al mismo tiempo guiara espiritualmente o encendiera el fuego del Espíritu en otros.

Eduardo transformaba ambientes, despertaba vocaciones, edificaba la esperanza, encendía la fe. Amaba a Dios en cada hermano con entrega generosa, calidez y calidad humana. Los momentos de oración y las celebraciones litúrgicas compartidas eran, para muchos, un regalo inmenso de Dios. Su modo de celebrar la Eucaristía —con una gran devoción, respeto, delicadeza y un amor apasionado por Cristo y su Palabra— tocaba el alma, despertando en los corazones un anhelo más perfecto de Dios. Sus homilías eran claras, precisas, llenas de sabiduría; siempre ofrecían un mensaje encarnado en la vida concreta, iluminando con sencillez las búsquedas cotidianas.

Mientras estuvo en La Candelaria, visitó la zona de El Paraíso, en Fray Luis Beltrán, donde se comprometió activamente con el desarrollo social y agrícola. En 2001, la comunidad de ese lugar decidió honrar su memoria dando su nombre a una escuela pública: la Escuela Técnica en Tecnología de los Alimentos Padre Eduardo Sergio Jácono (4-188), que había sido creada apenas unos meses antes. En su sitio web, se pueden encontrar videos y materiales que evocan su vida y el testimonio que dejó con su entrega.

Como parte de su preparación como director espiritual, participó de un Encuentro para Formadores organizado por el CELAM en Bogotá, Colombia, en febrero de 1998. Fue precisamente durante esta experiencia, cuando el Señor lo llamó a su presencia el 6 de febrero de 1998, en un trágico incidente.

Querido Padre Eduardo, contágnanos tu amor a Jesús y su Palabra. Amén.